

te su vida estas almas bienaventuradas, no solo intenta el glorificarlos de este modo, sino tambien instruirnos á nosotros, y excitarnos á que sigamos su exemplo. Porque á la verdad, oyentes míos, el manifestarnos el camino por donde anduvieron, el traernos á la memoria la humildad y pobreza de espíritu, la mansedumbre y lágrimas, el hambre y la sed de la justicia, la misericordia y paciencia; y en fin, el galardón y posesión de la gloria á que llegaron, el honrarlos con la armonía de los Cánticos y Salmos, que exáltan las misericordias de Dios en sus escogidos, es para enseñarnos que el culto de los Santos debe llevarnos al estudio de

la santidad: es para advertirnos que ellos esperan de nosotros, no una admiración esteril, sino una imitación fiel: es para mostrarnos, que no les honramos como es justo, si no trabajamos en hacer lo que ellos hicieron, á fin de llegar á ser lo que son. Si agrada á estos amigos de Dios el que se celebren sus fiestas, que se publiquen sus elogios, que se honren sus imágenes, y que se réverencien sus cenizas, es para que excitemos en nosotros el deseo de serles semejantes; porque saben muy bien, que la voluntad del Señor, es el que seamos Santos como ellos. ¿Pero qué es lo que regularmente executamos? ¿qué ha de ser? el que jamás pensamos en

seguirlos : que nos contentamos solo con admirar su castidad , y publicar sus recompensas : que alabamos sus generosos esfuerzos , sin arrepentirnos de nuestras fatales cobardías ; y en una palabra , que nos regocijamos con ellos de su perseverancia en el bien ; pero fluctuamos indignamente entre el vicio y la virtud ; por eso decia San Juan Chrisóstomo al Pueblo de Antiochía : ¡ O hermanos míos ! la semejanza grande que se halla entre vuestras costumbres , y la vida de los Santos , desdeñe todos los homenajes que dais , y consagrais á su memoria : imitadlos , si los honrais ; ó dexad de ser admiradores suyos , si rehusais el tomarlos por modelos : *aut*

imitari debet , si laudat : aut laudare non debet , si detractat.

El Padre San Bernardo dice , que siempre que hacemos el glorioso aniversario de alguno de estos Heroes del Christianismo , que por su mérito han adquirido la corona de la inmortalidad , debemos poner los ojos sobre el exemplo de su virtud , para instruirnos , y sobre la semejanza que hay entre ellos y nosotros , para confundirnos : y si estas saludables reflexiones son las que deben nacer en nuestro espíritu en la fiesta de un solo Santo , hoy que se presentan todos juntos á los ojos de nuestra fé , y que los Cielos entreabiertos nos permiten ver esta multitud de almas bienaventuradas

que gozan ya de la felicidad eterna debida á sus trabajos, ¿con cuánta mas razon debemos ocuparnos en ellas? Porque en efecto, así como no hay Santo que no nos dé en la historia de su vida el exemplo de alguna virtud particular; entre todos, tampoco hay virtud de que no se halle una infinidad de exemplos: virtudes infusas, y adquiridas; virtudes christianas, y morales; virtudes civiles, y religiosas; amor para con Dios; caridad para con el próximo; rigor para consigo mismo; temperancia en los placeres; paciencia en las adversidades; y continencia en los matrimonios: con que si la consideracion de un solo Santo debe relevar nues-

tras esperanzas abatidas, é inspirar en nuestros corazones una firme resolucion de seguir sus pisadas; ¿qué constancia y qué ánimo no nos debe dar la vista de toda la Corte Celestial, especialmente si reflexionamos que la mayor parte de los que la componen fueron sobre la tierra flacos, débiles, miserables, y pecadores como nosotros: si atendemos á que innumerables mugeres, niños, viejos, mozos, pobres y enfermos, á pesar de su flaqueza no dexaron de llegar felizmente al término de su carrera? y si no podemos mirar á un mártir, ó á un Apóstol sin tener motivo para quejarnos de la poca conformidad que hay entre su vida y la nuestra,

¿ qué confusión debe causar en nosotros este día en que el Cielo nos pone delante una infinidad de testigos, de acusadores y de Jueces que condenan nuestros desórdenes por la santidad de su vida; que hacen inexcusable nuestro orgullo por su humildad, nuestra delicadeza por su mortificación; y nuestra avaricia por sus limosnas? Sigamos, pues, el pensamiento del Padre San Bernardo, y digamos, que la Iglesia nuestra Madre nos propone en este día á los Santos para modelo é instruccion nuestra; y para que nos sirvan de vergüenza y de condenacion: *para modelo que aclare nuestra fé, si queremos seguirles; y para condenacion que ha-*

ga inexcusable nuestra floxedad, si no procuramos imitarlos. Dos verdades importantes que os manifestaré en las dos partes de este discurso, si antes me ayudais á implorar los auxilios de la Divina gracia por medio de la intercesion de María, *AVE MARIA.*

Beati pauperes spiritu... beati mites..

beati qui lugent... &c. Ex. Evang.

Lect. Math. cap. cit.

Todos los desórdenes de los hombres vienen á mi ver de dos errores capitales en materia de Moral. El primero, del fin á que se debe caminar: y el segundo, de los medios que es necesario emplear para

llegar á él. Se peca contra el fin, ó porque el que se propone no es bueno, ó porque no se atiende como se debe á su importancia. Se peca contra los medios, quando en vez de abrazar por una eleccion clara los que pueden conducir con seguridad al término á que se aspira, se espera llegar á él por caminos torcidos y falsos. Y ved aquí los dos lazos en que cae infelizmente la mayor parte de los hombres. Unos, en lugar de proponerse por fin en todas sus acciones al Cielo, á que Dios los llama, se detienen groseramente en las cosas de la tierra: otros, aunque levantan sus pensamientos al Cielo, no se aplican como es justo á me-

ditar, y á comprehender qual es la grandeza de los bienes que Dios les ha preparado para recompensa: y otros en fin, se persuaden á que no es necesario vencer todas las dificultades que se hallan en este camino estrecho que el Evangelio nos ha trazado para adquirir la corona de la gloria: y que se puede abrir otro camino mas fácil por medio de las dulzuras y comodidades de la vida. Pero los Santos, oyentes míos, me parece que nos dan lecciones admirables y muy proporcionadas para sacarnos de estos errores; pues nos dicen, que si el Cielo es nuestro origen, es tambien el término á que debemos aspirar: que la felicidad que nos espera en aquella region de

paz, nos colmará de una gloria superior á quanto se puede concebir, ó desear; pero que para ser admitidos á la participacion de esta felicidad, es necesario sacrificar las cosas terrenas y mundanas, y renunciar la esperanza de poseerlas. Pero como esto pide mas extension que la que el tiempo me permite, me ceñiré á dos proposiciones solas: la primera será, que la idéa que los Santos nos dan de la gloria es tan alta y magnífica, que debe llenar nuestros corazones de amor para ella, y de desprecio para todo lo que no tenga consigo este carácter: y la segunda, que nos enseñan de un modo convincente y sensible, que no se puede llegar

á un fin tan noble, sino siguiendo la senda que el Salvador nos señaló, y caminando tras él por la práctica de las virtudes, de que nos dexaron tan bellos exemplos.

¡O lecciones verdaderamente grandes é importantes para que procuremos instruirnos en ellas! pero ¡ó locura nuestra, que nos hacemos insensibles á la estimacion que debemos tener del Paraíso! Quanto se nos dice de las ventajas de la otra vida, no hace impresion en nuestras almas. Como estamos anegados en el amor de la vida presente; como somos carnales, groseros y ciegos, no llegamos á concebir lo que es ver á Dios, amarle viéndole, y poseerle amándole. Esta luz sin obs-

curidad, estas delicias sin amargura, esta grandeza sin medida, este abismo de bienes, estos tesoros de gloria, y esta eternidad de placeres, de que está llena la Celestial Jerusalem, la miramos muy superficialmente; y á pesar de los esfuerzos de nuestra fé languida, de ordinario procuramos rebatirla. Pero no, no nos sucediera esto, si pusieramos los ojos en los Santos; pues no hay nada en ellos que no conspire á hacernos concebir una idéa excelente, viva y penetrante de la felicidad que se nos promete en el Cielo: porque en efecto, ¿qué nos dice la conducta extraordinaria que tuvieron estos hombres de Dios? ¿qué fue lo que les hizo dexar los

bienes que dexaron? ¿quién les animó á padecer los tormentos que padecieron? ¿quién les movió á practicar las virtudes que practicaron? ¿quién les inspiró la renuncia de los placeres, á condenarse á los sufrimientos, á despreciar la vida, y á buscar la muerte? ¿qué objeto tuvieron en tantos lances brillantes? ¿quién les sostuvo? ¿quién les animó? La esperanza, y el deseo que tenian de conseguir una gloria, que no creian comprar cara aunque hubiesen de dar por ella mil vidas. Tan sublime era la idéa que formaban de la felicidad eterna.

Entremos, pues, oyentes míos, en los sentimientos de estos ilustres Maestros: y aprendamos de ellos

á hacer la estimacion debida de la gloria, despreciando las cosas terrenas y mundanas: no miremos en nuestras acciones á otro fin: ni olvidemos el que este fin no se puede adquirir sino es que sea por medios proporcionados; esto es, por medios semejantes á los que los Santos practicaron. En esta verdad es donde rehusa entrar el amor propio; pues se lisonjea que la adquisicion del Reyno de los Cielos se puede acomodar bien, si no con los excesos de una vida criminal y licenciosa, á lo menos con las dulzuras de una vida blanda, y como media entre el vicio y la virtud. Es cierto, que el Salvador del mundo nos desengañó de esta ilusion, quando

enseñó tan formalmente lo contrario por sus discursos y exemplos; pero el amor propio podia replicar contra esto: á un Dios le era fácil el practicar lo que predicaba, pero no hay apariencia de que se deban tomar las cosas al pie de la letra; porque la Misericordia de Dios es muy grande, los méritos de Jesu-Christo infinitos; y sobre todo, los hombres no son capaces de llegar á una perfeccion tan alta.

¡O blasfemias impias! Yo presento hoy, no á un Dios, sino á una infinidad de hombres que condenan estas réplicas: leed, si teneis tiempo, toda la historia de su vida, y os aseguro que no hallareis uno solo, cuyas acciones no se conformen á

las palabras de Jesu-Christo , en que dice : que es necesario caminar por la senda estrecha , para llegar á á conseguir el Reyno de los Cielos: que este Reyno no se conquista sino por la violencia : y que no se puede pretender tan bella conquista, sin renunciar á lo menos á los sentidos , aborrecer la carne , y cargar con la cruz. Esto es , oyentes míos, lo que nos predica , con una fuerza invencible, el ánimo de tantos Mártires, la paciencia de tantos Anacoretas , y la pureza de tantas Vírgenes. Esta es la leccion que nos dan tantos Reyes que se humillaron sobre el Trono, tantos ricos que se hicieron pobres en medio de sus bienes , y tantos pecadores que se con-

virtieron despues de una vida desreglada. ¿ Qué concluirémos , pues , de esto ? Lo que concluía el Apóstol San Pablo : Puesto que estamos cercados (decia) de una nube grande de testigos , aliviémonos del peso del pecado , y corramos por la paciencia en este camino que se nos ha abierto. No os quiero decir con el mismo Apóstol , que pongamos los ojos en Jesu-Christo como autor y consumidor de nuestra fé ; y que consideremos que sufrió la Cruz despreciando la vergüenza y la ignominia , en lugar de la vida tranquila y feliz de que podia gozar para merecer el sentarse á la diestra del Trono de Dios ; porque , por eficaz que sea este exemplo ; por

demostrativo que sea el modo con que nos enseña, que para llegar al reposo de la felicidad eterna, es necesario pasar por los trabajos de una vida crucificada; me parece que en este lance hablan los Discípulos mas eloqüentemente que su Maestro; y que nuestro amor propio tiene menos derecho de eludir sus razones: elevemos, pues, los ojos al Cielo, y en la brillante y gruesa nube de testigos irreprensibles que veremos en él, sabremos por su misma deposicion por que grados se elevaron á este punto de grandeza que poseen.

El grande Agustino que habla por todos, dice, que unos llevaron la abstinencia á tal extremo, que no

tomaban más alimento que pan y agua: aprended de aquí, hombres sensuales, á reprimir á lo menos vuestra intemperancia, y á no dar oídos á vuestra delicadeza. Otros tuvieron tanto valor, que desafiaban á los verdugos, y no temian á las llamas. Cesad, Christianos floxos y cobardes, á quienes el mas ligero mal les abate é impaciente, cesad de quejaros, y sabed que vuestra impaciencia no puede hallar la menor excusa. Otros se esmeraron tanto en la caridad, que derramaban todos sus bienes en el seno de los pobres. ¡Oh, y qué leccion esta para los avaros que se arrepienten de las cortas limosnas que la importunidad de las necesidades les saca de las